

EL BOSQUE SILENCIOSO

CUENTOS

I



Antonio Pavón Leal

Febrero 2013

ÍNDICE

	pág.
Gregorio y Esteban	3
Carmen y María	4
Arturo	5
Marina	6
El chamán	7
El viejo	8
El vampiro	9
La bruja	10
El descenso	11
Percy	12
El alien	13
Malos tiempos	14
La fiera	15
El perro del vidente	16
El gato de la fondista	17
El destino	18
El memorándum	19
El emblema	20
Dumping	21
El mugrón	22
Mercedes	23
El sacerdote	24
La explicación	25
Jean Paul	26
El poeta	27
Licencia Creative Commons	28

Gregorio y Esteban

En el principio fue la energía. Una fuerza arrolladora que se manifestaba en remolinos cósmicos desplazándose por un ámbito ilimitado. Una fuerza que se plegaba sobre sí misma y después se abría en infinitud de destellos cegadores. Un desbordamiento de partículas luminosas. Una actividad sin sombra de lasitud multiplicándose en todas las direcciones.

– ¿Qué miras? –preguntó Gregorio a su amigo.

–El cielo.

Gregorio empinaba el codo más de la cuenta. Estuvo a punto de que le entrase la risa floja. Y eso que no había empezado a beber todavía. Tan sólo un par de copas.

– ¿El cielo?

Su amigo, como consecuencia de un accidente de coche, tenía una lesión cerebral. A veces perdía el habla. O se expresaba de forma incoherente, tartamudeando. Esteban sufría crisis de afasia.

Gregorio pensó que en ese momento estaba teniendo una. Algo raro le estaba pasando. Esteban tenía el cuello ladeado y la cabeza levantada hacia el techo del local.

–Cualquiera diría que el borracho eres tú.

Energía en movimiento continuo. Naciendo y renaciendo. Expandiéndose. Rebosando. Girando en espiral. Despeñándose en resplandecientes cascadas. Avanzando como una marea tumultuosa.

Finalmente, esas miríadas de puntos centelleantes que bailan enloquecidos, empiezan a organizarse.

–Aquí caben dos posibilidades.

–Ardo en deseos de saber cuáles son.

–La mano de Dios ha intervenido.

Gregorio se pone en pie y anuncia:

–Voy por más combustible.

Cuando vuelve, pregunta:

– ¿Y la otra?

– ¿La otra qué?

Gregorio suelta una carcajada y dice:

–La otra posibilidad.

Esteban calla. En su cabeza se ha producido un vacío. Un agujero negro se ha tragado sus pensamientos, recuerdos y sensaciones.

Al principio, tras el accidente, un dolor punzante le perforaba el cerebro, como si le hubiesen clavado una gumía. Así y todo, ese desgarró era preferible a la oscuridad interior.

Él hacía esfuerzos sobrehumanos por recomponerse. Por realizar una acción creadora consigo mismo.

Cerró los ojos. Era un ardid que no siempre daba resultado, pero tenía que intentarlo. Respiró hondo. Al rato, en la lobreguez de su mente, sintió un aleteo. Un pájaro había emprendido el vuelo. Escuchaba su insistente batir de alas. Ahora había que confiar en que su instinto lo condujese al mundo de las formas y colores.

– ¿Estás bien?

Esteban entreabrió los ojos y vio a Gregorio con un vaso largo. ¿Era el tercero o el cuarto? ¿Cuánto tiempo llevaban en el pub? Con voz empañada articuló:

– ¿Y tú por qué bebes tanto?

Carmen y María

Carmen, encogida en un rincón, jadeaba como un perrillo asustado. Ella era muy sentida y vivía los sucesos, incluso los más nimios, intensamente.

Ella y María habían observado cómo la luz que entraba por la tronera del torreón, modificaba su recorrido.

–Se acerca el momento –dijo María.

Carmen no repuso nada.

–Se acerca el momento –repitió María–. Es nuestra oportunidad. Levántate y deja de lloriquear.

La respiración de Carmen era anhelosa porque estaba recordando, o más bien reviviendo, historias del pasado. Ella intuía también la proximidad de ese momento. No obstante, sus palpitaciones las provocaban esos viejos episodios que acudían a su memoria.

Al contemplar a María en tensión, volvió a la realidad. La ocasión se presentaría pronto y Dios sabe cuánto tiempo tendrían que seguir esperando si no la aprovechaban.

Su corazón latió más de prisa. Se levantó y permaneció recostada contra el muro, mirando fijamente la abertura. Algo se removió en su interior.

María, flaca y desmelenada, sostenida por su fuerza de voluntad, declaró:

–Conmigo no pueden ni las diez plagas de Egipto.

Era una bravuconada. Ella estaba allí porque sus constantes vitales se habían desactivado y había sufrido un terrible retroceso. A veces se revolvía contra su amiga y la zamarreaba. Pero Carmen no le guardaba rencor por estos arranques.

Las dos querían salir de allí. Carmen se dirigió al punto asignado. Tenía que estar atenta y preparada.

Un rayo de sol barría los sillares milímetro a milímetro.

Disimulado en los bloques de piedra, había un dispositivo. Una vez que fuera iluminado, dispondrían de escasos minutos para identificarlo y accionarlo.

María entonó una canción marinera sobre un barco que cruzaba el mar. Las embestidas de las olas y los crujidos del maderamen eran el tema del estribillo.

Carmen pensó en las nubes y en la lluvia que se abatía sobre el barco mientras avanzaba impertérrito. Y sintió añoranza.

Arturo

Arturo había sido siempre demasiado corpulento para su edad. Su madre lo miraba apesadumbrada, pues, a pesar de su juventud, se movía con torpeza. En cuanto a sus tías, no sólo lo observaban con ojo crítico, sino que lo censuraban abiertamente. Esta desconsideración dolía a Arturo, que se comportaba como si no estuviesen hablando de él.

Una de ellas, apodada la Culebrona, le indicó un remedio que le serviría tanto para adelgazar como para fortalecer su carácter. Incluso las escamas se le pondrían más lustrosas, y la cresta escalonada que recorría su lomo desde la cabeza al extremo de la cola se endurecería y relampaguearía como los dientes de una sierra.

Rollizo y tímido pero no tonto, Arturo puso en tela de juicio el consejo de la Culebrona, que no era una tía carnal sino política, y que nunca le había mostrado afecto. Incluso lo asaltó la sospecha de que podía tratarse de una inocentada.

Por otro lado, lo que debía hacer era tan fácil que la idea de quedarse con los brazos cruzados le resultaba mortificante.

Por probar no perdía nada, siempre y cuando actuase con la mayor discreción.

Fue sencillo comprar la maceta, llenarla de una mezcla de tierra y mantillo, y ponerla a buen recaudo. No lo fue tanto conseguir una almendra amarga. Sobre este particular su tía había sido tajante: la dulce no servía.

—Pero la amarga es venenosa —había replicado Arturo.

—Mientras más lo sea, mejor.

Lo convenció el hecho de que la almendra no tenía que comérsela sino sembrarla. Se la proporcionó, tras prudentes pesquisas, un dragón viejo y cegato que, con voz cascada, le dijo:

—Discierne las causas y los efectos. No tengas prisa. Contempla cómo crece el árbol.

Arturo no entendió gran cosa. Estaba, además, impaciente por plantar la almendra.

Pasaron los días. Arturo visitaba su tiesto regularmente, regándolo y proporcionándole los cuidados necesarios.

Empezó a no sentirse tan postergado ni tan susceptible, aunque seguía igual de gordo.

Sus alas de murciélago, en comparación con el volumen de su cuerpo, parecían dos ridículos accesorios. A veces, al andar, su vientre rozaba el suelo. Pero este contratiempo podía deberse a que era paticorto.

Empezó a serle indiferente que le preguntaran con retintín:

— ¿Adónde vas, Arturo?

Él hacía oídos sordos, hasta que una vez contestó:

—A regar mi maceta.

Uno de esos días, comprobó que la almendra había germinado. Un tallito verde traslúcido con una hoja medio enrollada desafiaba gallardamente los peligros.

Sentándose sobre sus cuartos traseros, Arturo lo contempló incrédulo.

Al rato, levantó la mirada y descubrió una cría de dragón jugando en el cielo. Descendía en espiral, subía en línea recta, pirueteaba a placer. Por último, exhausta y feliz, se quedó flotando como un globo aerostático.

Marina

A través de la ventana contempló la luna llena que iluminaba el campo. Estaba cansada de la conversación. Cuando los hombres, con acaloramiento, se pusieron a hablar de política, ella tuvo un acceso de tedio.

Con una sonrisa en los labios, Marina puso en la mesa la copa de licor que apenas había probado, y se levantó. Mirando de reojo el fuego de la chimenea, cruzó el salón en dirección a la cocina o al cuarto de baño.

Pero cuando llegó a la altura de la percha, cogió un pañolón y abrió la puerta.

Empujando la cortina de esparto, la apartó lo justo para salir de lado.

Una vez fuera, se echó el pañuelo sobre los hombros. No obstante, tiritó al sentir el frío de la noche.

A buen paso dejó atrás el pilón y los corrales. Cogió por el camino que discurría paralelo al arroyo, a cuyas orillas crecía la verdolaga.

A la altura de un algarrobo del que pendían numerosas vainas, la mujer dejó el camino y se adentró en el monte.

Serpenteando por entre los oscuros chaparros y las punzantes aulagas, prosiguió andando. Se detuvo a observar un momento las flores del perejil lobuno, que brillaban en la claridad lunar.

Ninguna otra cosa la distrajo hasta llegar a su destino.

Como si la atrajera una música irresistible, aceleró el paso.

Casi se palpaba la humedad. El olfato de la mujer percibió el olor del mastranzo. Poco después avistó la cenefa de juncos que bordeaba la laguna.

Estuvo examinándola largo rato, hipnotizada por su resplandor unas veces níveo y otras azulado. Incluso descubrió matices violetas en aquella perla gigantesca engarzada en la superficie acuática.

Un escalofrío recorrió a Marina. Tras los matorrales cercanos, percibió la presencia de animales nocturnos al acecho.

Lentamente, volvió la mirada hacia la laguna engalanada con su broche redondo y opalescente.

En ese mundo en el que prevalecían el matiz y la levedad, en ese mundo preñado de promesas, en ese silencio y en esa soledad se elevó un acorde que resonó en el interior de la mujer.

Marina emprendió el camino de regreso con el secreto de esa cadencia correspondida.

El chamán

Un hombre atormentado fue a ver a un chamán. Éste le pidió que expusiera sus males todas las veces que fueran necesarias hasta encontrar el tono y la expresión adecuados a su relato. Una vez dicho esto, el chamán se limitó a escuchar.

El hombre por sí solo debió deshacer los nudos, limpiar la broza y desarmar los cepos que obstaculizaban el paso de las palabras.

Fue el momento más difícil. A menudo, su voz se quebraba, se debilitaba, moría.

En cuanto al chamán, no sólo permanecía callado, sino que daba la impresión de estar ausente.

Esta angustia duró una eternidad.

Cuando el hombre regresó a su hogar, estaba curado. La historia que contó a sus convecinos acababa así: “El chamán no admite dinero ni regalos. Cuando considera resuelto el problema, se levanta, te cede su sitio y se va”.

Ante la mirada atónita de sus oyentes, añadía: “También yo me quedé desconcertado viendo cómo se alejaba con su “kikitut” de marfil en la mano”.

El viejo

La luna redonda y blanca asomó por encima de las copas de los árboles. Se oyó el graznido de un cuervo. No pude evitar un estremecimiento, como cuando vivía el viejo y me llamaba con su voz ronca.

Cuando sintió cercana la muerte, se empeñó en nombrarme hijo suyo. No quería que su estirpe se extinguiera. Pero yo sólo era un sirviente. Me negué.

En los rincones oscuros advertía su presencia. En mi cabeza resonaban sus amenazas y sus maldiciones. ¿Hasta cuándo podría seguir resistiendo?

Yo había sido testigo y cómplice y víctima de sus crímenes y de sus obscenidades. Pero no quería ser su hijo.

Cuando flaqueaba, como conocía su afición a los juegos de azar, le proponía uno con la condición de que me diese ventaja, pues sabía también que era un redomado tahúr.

En esta ocasión, sobre la mesa había siete piedras blancas y tres piedras negras. Me acerqué y las eché en la bolsa. Luego la agité y, sosteniéndole la mirada al cuervo que se había posado en el alféizar de la ventana, metí la mano.

El vampiro

Me levanté temprano para ir a trabajar. Cuando salí, vi surgir de la oscuridad del jardín una figura con una estaca en el pecho que agarraba con ambas manos, como si estuviera sosteniéndola.

Con paso inseguro, subió los escalones del porche. Un halo violáceo circundaba las cuencas de sus ojos.

Se detuvo bajo el arco. Encuadrada entre los pilares, en cada uno de los cuales había embutido un azulejo con una palabra inscrita, en el de la derecha “Spes” y en el de la izquierda “Caritas”, parecía la parodia blasfema de un santo.

Venía huyendo. Tal vez no le habían clavado la estaca en el lugar preciso. O no lo bastante profunda. Tal vez esta criatura almacenaba una ingente cantidad de energía. La luz del farol acentuaba su palidez y resaltaba la mancha negra de sangre de su camisa. Un espasmo, que dejó al descubierto un afilado colmillo, le contrajo el labio superior.

Faltaba poco para que amaneciese. A lo lejos se escuchaba el rumor de una jauría.

Su mirada fija no era suplicante. Dijo: “Necesito entrar”.

Mi vista se nubló y los latidos de mi corazón empezaron a retumbar en mis oídos.

Retrocedí azorado y cerré la puerta de golpe.

La bruja

La muchedumbre vociferante que enarbolaba objetos puntiagudos, avanzaba por el camino en dirección al puente.

Los lugareños venían dispuestos a todo. Nadie les iba a impedir cruzar esa ciclópea construcción sobre el profundo tajo tras el cual se extendía el bosque.

El invierno estaba siendo particularmente duro. Ésta era la razón de que los aldeanos se atreviesen a desafiar a la inquilina de esa sombría espesura.

Traían horquetas, bielos, hoces, guadañas, enmohecidas picas. Venían decididos a ensartar a la bruja y a arrojarla al abismo.

La mujer los estaba esperando en mitad del puente. Cuando la vieron allí sola, sin el menor asomo de miedo, la turba se paró en seco.

Los cabecillas, perplejos, perdieron más tiempo del necesario en reaccionar.

El pelo revuelto de la bruja se erizó. Luego se dividió en dos crenchas que adoptaron la forma de cuernos.

Este prodigio era sin duda una prueba de su poder. Los aldeanos recordaron que esa mujer tenía fama de dominar a los vientos. Los instigadores de la revuelta habían tenido que convencerlos de que los vientos son libres y no se someten a nadie.

La bruja alzó los brazos y extendió las manos de largos dedos descarnados y empezó a soplar una brisa que pronto se convirtió en vendaval.

El aire embravecido trajo consigo nubes grises que se fueron acumulando hasta formar un fúnebre dosel.

Una oscuridad tan espesa como el alquitrán, acompañada de un plúmbeo silencio, engulló a la sobrecogida muchedumbre.

Sólo la imagen bicornes de la bruja con los brazos en alto y los dedos engarabitados, como un insecto prehistórico atrapado en una piedra de ámbar, fosforecía en el seno de las tinieblas.

El descenso

Cuando era niño, vivía en las copas de los árboles contemplando las nubes y dialogando con los pájaros.

A veces el viento soplabla huracanado, pero por lo general corría una brisa suave.

Desde allí arriba todo me parecía hermoso. Ni siquiera las carreteras ni los postes del tendido eléctrico estropeaban significativamente el paisaje.

Sin saber cómo fui descendiendo. De las cimas de los árboles pasé a las horquetas de las gruesas ramas, donde se estaba cómodo y se disfrutaba también de un amplio panorama.

Desde luego, no era lo mismo. Hablaba menos con los pájaros que revoloteaban más arriba o pasaban en bulliciosas bandadas.

Ojalá todo hubiese acabado ahí.

Yo lo achaco a la fuerza de la gravedad, pero seguí tronco abajo como una hormiga que regresa a su refugio subterráneo.

Así llegué a las mismas raíces del árbol, donde ahora resido.

Es verdad que echo de menos sus cimbreantes ramas. Pero éste es mi lugar. No el que he elegido sino el que me corresponde.

Antes tenía por compañeros a los pájaros y a las nubes. Ahora tengo a las hormigas.

Antes estaba donde quería. Ahora estoy donde debo. Antes me sostenía el árbol. Ahora soy yo quien lo ayudo a tenerse en pie.

Percy

Recordó la primera vez que tomó un dry-martini en el hotel Knickernoker. Le aburrían las polémicas sobre las proporciones idóneas del cóctel. Una parte de vermut y dos de ginebra. Una y cinco. Una y siete.

Se levantó del sillón y se sirvió una copa de ginebra, sin vermut y sin esa tontada de la aceituna. Dio un trago aspirando el aroma a bayas de enebro y se sentó.

Alejado de la política y de sus amigos y de sus conmlitones y de sus enconados detractores, tenía tiempo sobrado de pensar.

Dio otro trago mientras contemplaba el secreter, un valioso mueble del siglo XVIII, con infinidad de cajones y escondrijos, donde había documentos y cartas con los que podía poner en un brete a más de uno. Había planeado escribir un libro.

¿Valía la pena teniendo en cuenta que había sustituido sus impecables trajes, sus camisas blancas y sus corbatas de seda por un cárdigan y unos pantalones de franela? Había roto con su mentor no por divergencias tácticas o por un choque de ambiciones sino por cuestiones teóricas.

Percy no aceptaba que el mal fuese interpretado como una banalidad. Le escandalizaba su justificación como un daño colateral de la ignorancia. Su experiencia le demostraba que el mal es una entidad.

No podía negar que sentía la tentación de hacer algunos ajustes de cuentas.

Apurando la ginebra se dijo: “La tentación de convertirme en otro eslabón de esa cadena infernal”.

Miró el secreter con su tablero extendido. Y luego las botellas de ginebra y de Martini en una bandeja.

Tras echarse otra copa, se dirigió a la biblioteca y cogió un libro, el primero que se le vino a la mano, uno de Dostoievski.

El alien

La gente no sabe qué clase de engendro es. Ni siquiera los que se declaran especialistas en monstruos. Ni tampoco los que han tenido alguna vez en su vida una mala experiencia con animales.

No hablo de perros ladrones ni de caballos espantadizos.

Hablo de una criatura que, tras hacerme morder el polvo, se introdujo dentro de mí y ahí vive desde entonces.

Entre él y yo hay una guerra sin cuartel.

Adondequiera que voy me acompaña mi inquilino. Adondequiera que voy no se priva de mostrarme sus grotescas facciones ni me libro de bregar con sus intolerables exigencias. En todo momento y en todo lugar hace valer su poder y extiende hacia mí sus brazos como tentáculos.

La gente no sabe la energía que consumes tratando de sustraerte a su influencia.

Desde el lejano día en que ese monstruo bostezó y lanzó su primer zarpazo, no he conocido la paz.

Es mi espada de Damocles que, en cuanto me descuido, se abate sobre mi cabeza. A veces, la suerte o un quiebro providencial me ahorran el golpe. O el percance se reduce a una herida en el hombro o un rasguño en el brazo. Otras veces no salgo tan bien parado.

Por eso resultan tan chuscos los consejos que, bienintencionadamente sin duda, me dan.

No le hagas caso, me dicen. Sobreponete. No pienses en él. En realidad ocurre lo contrario. Es él quien no deja de pensar en mí. Quien no me pierde vista.

Cómo me gustaría abrir las puertas de mi nave para que esa aberración sea absorbida por el espacio exterior, como en la película. Hasta ahora no he tenido éxito.

En cuanto a esos especialistas y a esos paladines que presumen de matar dragones y domesticar toda clase de alimañas, aunque se les llena la boca de armas mortíferas y estrategias infalibles, ninguno de ellos ha conseguido tampoco expulsar al okupa.

Cuando el alien dormita, puedo hacerme el valiente y afirmar que no le tengo miedo ni me voy a arrugar cuando entorne los párpados. Mi experiencia me confirma que esa declaración no es más que una bravuconería.

Si el inquilino cabecea somnoliento o anda perdido por los recovecos de mi ser, eso significa que puedo hacer una vida más o menos normal. El resto son fantaseos y ganas de buscarle tres pies al gato.

Malos tiempos

Cuándo no lo son. Mi amigo Felipe insiste en que éstos son peores, y me anima a contar lo que me sucedió.

Hice el descubrimiento al levantarme. Al principio no me llamó la atención. Estaba amaneciendo y no se veía bien. Podía ser cualquier cosa.

Se trataba de una mancha oscura a la que no di importancia. Fui al cuarto de baño y luego volví para vestirme.

La segunda vez que miré por la ventana me pareció un bulto flotando en la piscina. Este hecho me produjo extrañeza. Tal vez el viento había arrastrado una o varias prendas de vestir al agua. Pero el tendedero estaba alejado y aquella noche, como confirmaron varias personas, no sopló una ráfaga de aire.

Decidí salir al jardín. A medida que me acercaba, el bulto oscuro se fue perfilando hasta convertirse en un cuerpo humano.

El hombre estaba boca abajo.

Fui a despertar a mi mujer. Le tuve que repetir varias veces que en la piscina había un muerto.

“Alguien que ha saltado la tapia y se ha ahogado accidentalmente” concluí.

Era consciente de que mi explicación sonaba inverosímil. ¿Pero, habiendo cerrado la cancela como hago todas las noches, qué otra cosa podía haber ocurrido?

Según la policía, nadie había escalado la pared ni forzado la cerradura. El hombre había entrado por la cancela.

Cuando hicimos el recuento de los poseedores de una llave, cité a mi hermano, que se fue de la casa familiar y nunca más tuvimos noticias suyas.

Era él, me dijo el inspector. ¿Cómo no lo había reconocido? me preguntó.

Habían pasado muchos años, repliqué. Y aludí también a la lividez y a la desfiguración cadavéricas.

Felipe, que escucha atentamente, musita: “Secretum meum mihi”. Y añade: “Te quitarás un gran peso si lo compartes”. Le digo que no sé a qué se refiere.

No hay ningún secreto. Hasta este último gesto, yo había vivido sin acordarme de mi hermano, centrado en mi trabajo, en mi familia, en mis diversiones. Feliz, creo.

La fiera

La acogí hace mucho tiempo, cuando era pequeña. Me pareció un animalito con cierto encanto a pesar de su doble hilera de dientes arriba y abajo, sus orejas de contorno irregular y su mirada oblicua.

Hubo una cosa que desde el principio no me gustó, aparte de su pelaje más bien áspero aunque no fueran cerdas. Tenía hambre permanentemente.

Si no le daba de comer, sus quejidos y sus gruñidos me impedían dormir o concentrarme en lo que estuviera haciendo.

Si la tenía bien alimentada, no paraba de crecer.

De aquel gatito que me tocó una fibra sensible no queda nada. Se ha convertido en una señora fiera cuyos ojos extraviados y cuyos dientes superpuestos de los que cae un hilo de baba, espeluznan.

Vivo atrapado en un dilema. Si no sacio su voraz apetito, sus rugidos y su agitación invaden la casa, que recorre sin descanso de un extremo al otro, entrando y saliendo de todas las habitaciones.

Si para conseguir la paz le lleno el plato, que ya es tan grande como una jofaina, apuntalo su prepotencia.

Nunca fue un animal lindo. Lo vi abandonado y lo recogí. No recuerdo que me diera pena ni que me pareciera gracioso. Sólo le encontré un atractivo peculiar. Fue una decisión que tomé en un momento de debilidad e inconsciencia. Fue un gran error.

Mi casa se ha convertido en un infierno y la fiera en el ama. No recibo visitas pues no las tolera. Ella tiene que ser la primera, el centro, el objeto de atención. Se comporta como si sólo ella existiera en el mundo.

Asfixiado por su tiranía, no hago más que preguntarme: ¿cómo puedo librarme de esa fiera?

El perro del vidente

Tenía las orejas caídas y el pelo corto. Como era demasiado corpulento, andaba bamboleándose. Cuando le daba por trotar, resultaba cómico. Se le tomaba fácilmente cariño y casi nadie resistía la tentación de pasarle la mano por el lomo y darle unas palmadas que el perro recibía con agrado.

No le importaba que se metiesen con él a cuenta de su gordura y de su torpeza. Todo lo aceptaba como si fuera un cumplido.

Al vidente no le gustaban las libertades que se tomaban con su perro, al cual llamaba cachazudo y consentidor.

Las reprensiones no hacían mella en el espíritu del animal. Por ser como era, disfrutaba de una buena alimentación.

Sabía granjearse la simpatía de los demás que, casi siempre, le ofrecían algo que llevarse a la boca.

Él no poseía dotes adivinatorias pero, después de tantos años sirviendo al vidente, se había vuelto más intuitivo.

Su mirada, que muchos tenían por bobalicona, era compasiva.

Su amo, cuando alguien iba a consultarlo, utilizaba un estilo cortante y no hacía concesiones.

Esta actitud, en lugar de ahuyentar a los clientes, los atraía. Mientras más riguroso se mostraba, más crecía su fama.

Hombres y mujeres, aparentemente, estaban deseosos de saber lo que les tenía reservado la diosa Fortuna.

Incluso los rufianes, que por un quítame allá esas pajas blandían el acero, esbozaban una sonrisa infantil y acataban esperanzados o desilusionados la respuesta oracular.

Pero al perro no lo engañaban. Había comprobado que antes o después, dependiendo del grado de reticencia, todos acababan poniendo su alma en manos del vidente.

Esperaban que éste se asomase a esa profundidad, que escrutase ese reino interior, y les contase sus descubrimientos. Esperaban la gran revelación del enigma que cada uno es.

El gato de la fondista

Era tan viejo como su ama y tan solitario como ella. La diferencia estribaba en que lo segundo él lo era por vocación y ella porque el negocio había caído en picado y en la fonda, como decían en el pueblo, no entraban ni las moscas.

Hacía tiempo que ella había dejado de dirigirle la palabra al minino. De hecho, pasaba a su lado y no lo miraba siquiera.

El ama se había vuelto rezongona y nostálgica. Le gustaba recordar la época en que la fonda era un lugar de encuentro social.

Sus antiguos clientes, a los que había tratado a cuerpo de rey, la habían decepcionado. Todos parecían haberla olvidado. Las atenciones dispensadas habían sido, afirmaba ella, como echarles margaritas a los cerdos.

De esta forma se desahogaba llamándolos “cerdos”. Pero tanto ella como el gato estaban al cabo de que algunos habían muerto y a otros sus achaques no les permitían viajar.

La fondista empinaba el codo más de la cuenta, cosa que el gato, aunque aparentara indiferencia, desaprobaba. En definitiva, habían envejecido juntos y le tenía un afecto felino.

Ya se sabe que los gatos son muy suyos y quieren a su manera, que no siempre es bien entendida.

También le apenaba comprobar cómo crecían las malas hierbas en el patio y cómo en las paredes aparecían manchas de humedad. Pero su rostro impasible no traslucía sus sentimientos.

Tampoco él, que había sido el gato más cortejado del pueblo, debía tener muy buen aspecto. Las vecinas iban a la casa sólo para verlo y él era la causa de rivalidades entre los clientes, que aspiraban a convertirse en su preferido y a los que enfervorizaban sus contados favores.

Todos se maravillaban ante ese animal displicente, con el pelaje listado de pardo y negro, que no consentía que nadie lo acariciara, salvo sus elegidos.

Su ama, además, le había regalado un collar con plaquitas de cobre, a las que sacaba brillo regularmente.

El gato romano bostezó. Estaba echado en un butacón donde pasaba la mayor parte del día.

Arrastrando las babuchas por el suelo, apareció la fondista que, inopinadamente, se quedó observándolo.

Estuvieron así, frente a frente, sosteniéndose la mirada, convertidos en imágenes fijadas para la eternidad, un buen rato.

La vieja suspiró y siguió su camino. El gato no movió un pelo del bigote.

Pero cuando ella se alejó en dirección a la cocina o adondequiera que fuese, sintió un batir de alas. El tiempo, como si hubiese sufrido una detención y quisiera recuperar el retraso, reemprendía su rauda carrera.

El destino

¿Qué era el destino? Un disparate mayúsculo. No era necesario recordar ningún episodio propio o ajeno para fundamentar ese dictamen.

Había visto demasiadas veces cómo ese señor de gesto desdeñoso pisoteaba las buenas acciones y se inhibía de las injusticias, tanto de las grandes como de las pequeñas, de esas heridas que sangran largo tiempo, y que con frecuencia cierran en falso.

El destino no era ningún misterio, ninguna fuerza oculta que sellaba la vida de los hombres. Esa palabra no le provocaba tampoco, como a algunos compañeros de habitación, ningún estremecimiento.

El destino era un caballero indiferente al que habían investido de un poder ilimitado e inescrutables designios.

No era más que un dandi con chistera, levita y bastón, en cuyo rostro se pintaba una discreta mueca de asco, como si todo lo que caía dentro de su campo visual, pues no se podía afirmar que él mirase nada en concreto, lo disgustase profundamente.

Para sus compañeros el destino era un enigma que a veces condescendía a revelarse parcialmente mediante signos.

Para él, en cambio, era un petimetre que avanzaba marcando el paso con la contera de su bastón, a buen ritmo, con esa leve contracción de fastidio en la cara, sin reparar en sufrimientos y alegrías.

-O-

El enfermo que ocupaba la cama 127, apoyándose en un codo, se incorporó. Estaba sudoroso y jadeaba ligeramente.

Había tenido otra vez el mismo sueño.

Ese señor vestido como su bisabuelo en un día de gala atravesaba su mente clavando en ella la punta metálica de su bastón.

Se recostó y cerró los ojos. Era cuestión de paciencia. De esperar que las punzadas remitiesen. De que el petimetre se alejase.

No sabía el tiempo que tardaría en desaparecer. En perderse tras una circunvalación de su cerebro.

El afilado extremo del bastón se hundía en su materia gris, y él no podía hacer nada para apresurar el mutis de ese figurón.

El memorándum

Mientras desayunaban en un bar de la calle Laraña, cerca del organismo oficial donde trabajaban, Susana preguntó: “¿Un vademécum no es el libro que utilizan los médicos para informarse rápidamente sobre una enfermedad y su tratamiento?”.

Amparo le lanzó una mirada severa y respondió: “No te enteras. No es un vademécum sino un memorándum” “¿Y qué demonios es eso?”.

“Un pergamino de piel de ternera que le han regalado sus hijos. Se lo entregaron solemnemente en la cena que le ofrecieron en uno de los restaurantes más caros de Sevilla cuando se jubiló” “Es la primera noticia que tengo de un regalo de esa naturaleza” “Pues si Dios no lo remedia, en ciertos círculos acabará poniéndose de moda”.

En dicho pergamino, explicó Amparo que estaba presente cuando María fue a la oficina expresamente a enseñárselo a sus ex compañeros, estaban consignados en letra gótica todos sus méritos como hija, esposa, madre, abuela en ciernes y profesional de la administración pública.

“¿Como funcionaria?” “Sí, como eso también. Tú ya conoces su carrera” “Demasiado bien las conozco, a su carrera y a ella”.

La homenajeadada había destacado por su docilidad a los requerimientos del poder. Todo lo que éste ordenaba, indicaba, sugería o insinuaba, era acatado sin rechistar por ella, que por nada del mundo quería pasar por tibia, y cuya máxima aspiración, que producía vergüenza ajena, era pasar por una mujer enrollada, a la altura de los tiempos.

“Por alguien guay” apuntó Susana. “Súper guay” precisó Amparo.

Mientras apuraban el café con leche, ambas rememoraron la ocasión en que María, tan exquisitamente acrítica, tan lacayunamente bien sintonizada, tan de buena familia antes, ahora y siempre, se presentó en la oficina con un taco de papeletas del Gran Hermano para venderlas todas y congraciarse con los jerarcas.

Hubo un compañero que le plantó cara y le espetó: “¿Pero las rifas no son cosa de estudiantes y hermandades? Ni siquiera vais a respetar eso”.

Forzando una sonrisa, María repuso: “¿Entonces no me vas a comprar una papeleta?” El otro la miró de hito en hito y le dio la espalda.

María se enfadó y fue con el cuento a uno de los directores, amiguísimo suyo.

“Pero nosotras” dijo Susana “le compramos dos papeletas cada una” “Sí” confirmó Amparo “nos sacó cuatro euros” “Muy a pesar mío” “Eso da lo mismo. Lo que cuentan son los goles”.

“¿Sabes qué te digo?” repuso Susana “Que quien contraste ese vademécum con la realidad se va a tronchar de risa”. “Ya, pero ¿quién va a tomarse esa molestia?”

El emblema

Uno de sus mayores empeños era encontrar un emblema que sintetizase su ideal de armonía. Un emblema que permaneciese anclado en la memoria, aunque su significado no fuera evidente.

Cuando su novia lo dejó por razones relacionadas con este asunto que absorbía su tiempo y su atención, él era consciente de que se aislaba del mundo con demasiada frecuencia.

Eso era lo que su novia le reprochaba precisamente: su evasión de la realidad.

Pero él necesitaba concentrarse en sus sueños para darles forma, para concretarlos y evitar que se desvaneciesen o que se derrumbasen como un castillo de cartas al primer soplo de la crítica.

Debía aprehender sus intuiciones, las cuales comparaba a animales salvajes que se dejan ver de lejos pero en cuanto das un paso en su dirección, alzan la cabeza y se pierden en la espesura.

Cuando hacía partícipe a su novia de estas reflexiones, ella reía sin que él supiera por qué o ponía una cara extraña. Y a continuación le hablaba del vestido de lentejuelas doradas que había comprado para la fiesta de fin de año.

Ese vestido que lanzaba destellos le dio una idea. Se abstraigo y dejó de oír a su novia que le contaba algo a propósito del cotillón y de lo que sus amigas iban a ponerse.

Pensó en un espejo que reflejase e iluminase el dolor, en un espejo que nos devolviese la imagen de nuestro verdadero rostro, del que yace bajo tantas capas de hipocresía, de amargura, de miedo...

Más tarde desestimó ese símbolo. De hecho, abandonó la búsqueda de uno. Por entonces su novia ya lo había plantado. Afortunadamente no le había buscado un sustituto.

Quiso reanudar las relaciones. A fin de cuentas no habían roto por nada serio.

Justamente durante este proceso de acercamiento se fue perfilando un nombre. Las letras crecían y se entrecruzaban como si un paciente copista estuviese trazándolas.

Cuando acabaron de entrelazarse, al modo de las iniciales de un florido monograma, pudo leer el apodo con que era conocido en su niñez.

Dumping

Miró a su cariacontecida hermana Irene y le explicó: “Hay personas que tienen una gran capacidad de dramatización. Se tuercen el dedo meñique, y digo se tuercen, y te cuentan una novela en cien capítulos. Tú, que te has roto una pierna y tienes que estar inmovilizada tres meses, despachas este asunto en cinco palabras.

“Lo siento. No estoy dispuesta a perder mi tiempo oyendo historias que me interesan poco o nada. Y no solamente eso sino que, además, me exponen a una pérdida de energía tan grande, a una sangría tan peligrosa que no veo razón alguna para semejante sacrificio.

“El gato se lo lleva al agua quienes están dotados de facundia y desprovistos de paciencia. A lo sumo, si son mínimamente educados, escuchan con una oreja mientras con la otra están pendientes de las conversaciones cercanas.

“Acuérdate de Catalina, que hablaba por los codos y reclamaba atención absoluta. Cuando alguien conseguía meter una cuña en su monólogo, ella no tenía empacho en volver la cabeza y mirar a las musarañas.

“De esta forma, y no voy a entrar en la cuestión de si su comportamiento era consciente o inconsciente porque ese dato es irrelevante en un adulto, te hacía sentir que lo que tú estabas contando carecía de importancia.

“Una vez me dijo mi marido: parece que rehúyes a Catalina. Y yo le respondí: no lo parece, la rehúyo, la temo más que a una vara verde.

“No te hagas ilusiones, Irene. Aunque trates de poner en práctica tus propios recursos y estrategias, las Catalinas de turno te acaban comiendo. Sus aventuras acaparan toda la pantalla. Se imponen con el peso de una montaña y las tuyas son un puñado de arena que el viento arrastra en menos que canta un gallo”.

El mugrón

Se estremeció. ¿Era el inicio de una crisis? Un simple temblor podía estar motivado por múltiples circunstancias.

Lo malo era que empezase a escuchar voces. Se quedó quieto y aguzó el oído. Sólo se escuchaba el murmullo de los árboles.

¿De qué árboles?

Ese rumor eran voces. Sí, eran los cantores que entonaban un himno.

Él había formado parte del coro. También él había repetido a menudo “santo”, antes de que esta palabra se convirtiera en un conmutador que apagaba las luces y lo dejaba a merced de fuerzas irracionales.

Luego el pánico se apoderaba de él. Ese pánico era la antesala de la manifestación.

Ya sólo cabía esperar que el terror no lo desintegrara.

El tallo emergió de las tinieblas, donde estaba enterrado.

Experimentó una conmoción. Y también furia a causa de su impotencia.

El mugrón se fue acercando con el propósito de penetrar por su boca y arraigar en su interior.

El inmundo retoño se detuvo cuando llegó frente al hombre, esperando que éste se arrodillase para proceder al injerto. Pero él no estaba dispuesto a inclinarse ante ese emisario del infierno que lo miraba sin ojos y lo conminaba sin palabras.

El silencio y la oscuridad se espesaron.

El hombre dejó de debatirse.

Pálido y desmadejado, yacía en el suelo como un guerrero caído tras duro combate.

Mercedes

Sabía dónde encontrarla. Así que no perdí el tiempo buscándola por la casa ni preguntando a nadie.

Me dirigí directamente al rincón donde ella se refugiaba con un libro.

Allí estaba, en efecto, junto al ventanal, sentada en una silla baja, colocada de forma que la luz natural diese de lleno sobre las páginas de la novela.

“Vengo a hablar contigo. Quiero consultarte una cosa” dije.

Pareció no oírme. Estaba embebida en la lectura. Por fin, levantó la cabeza y me miró.

Mercedes era menuda y tenía el pelo rizado.

Entrecerró el libro, se quitó las gafas y me miró largamente, como si no me conociera.

“Quería preguntarte una cosa” repetí.

Mercedes era callada y tenía tendencia a ensimismarse. Era una gran profesional de la cerámica.

Desvió la mirada hacia el ventanal y contempló la calle con sus naranjos y sus estatuas.

No le gustaba salir ni relacionarse. Su vida social se reducía a lo estrictamente necesario. Prefería pasear por el campo. También era amante de las tradiciones, aunque no participase en ellas, y anteponía la vida familiar a otros intereses.

Basándome en comentarios suyos, siempre de pasada, deduje que Mercedes había tenido una infancia intensa.

Ese día estaba más reconcentrada que de costumbre. Tras disfrutar de la hermosa perspectiva de la calle, fijó de nuevo sus ojos en mí y me planteó la cuestión que le rondaba por la cabeza.

“Gabriel, ¿por qué seré tan rara?”

Mi respuesta fue inmediata y categórica: “Tú no eres rara. Los raros son los demás”.

Mercedes esbozó una sonrisa y dijo: “¿Qué querías preguntarme?”.

El sacerdote

“La oscuridad avanza en la misma medida en que el misterio retrocede”.

Numerosos fieles arrugaron el ceño. La alocución del sacerdote no era de su gusto.

Pensaban que debía limitarse a cumplir con los ritos establecidos.

Para unos pocos, sin embargo, esas palabras estaban repletas de sentido. Cada uno de ellos, según su capacidad, había observado ese progreso y ese repliegue.

El sacerdote vestía una túnica de lino con una cenefa dorada. En una mano tenía una rama de mirto.

En lugar de rendir honores a la imagen que tenía a sus espaldas, hablaba otra vez de la oscuridad. Estaba haciéndose viejo o estaba perdiendo la cabeza. Tal vez ambas cosas.

El sacerdote se esforzaba por encontrar el tono y la expresión certeros que lograsen despertar a la multitud congregada en el templo.

Prudentemente se abstenía de aludir a las criaturas demoniacas empeñadas en destruir los deseos de salvación que alberga el corazón humano, y que constituyen su mayor tesoro.

Se preguntaba cómo podía explicar que el misterio está fuera y está dentro, nos rodea y nos conforma.

No sólo estaba en peligro su cargo sacerdotal sino su propia vida.

Sabía que estaba en el punto de mira de algunos lugartenientes.

Desafiar al poder implicaba asumir la contingencia del sacrificio.

“Hay que detener el avance de las tinieblas. Si no actuamos, nos engullirán. Debemos preservar el misterio del que venimos y al que vamos. El misterio es la garantía de nuestra condición de seres humanos. La otra opción es convertirnos en patéticos comparsas o en desalmados esbirros”.

La explicación

No malentiendas mis palabras. No estoy emitiendo ningún veredicto.
No estoy diciendo que sea buena ni mala. Estoy diciendo que con ella yo no soy yo.
Para mi bochorno, me descubro tratando de complacerla y, en consecuencia, haciendo concesiones.
Ya tengo una madre con la que tener tales miramientos.
No me digas que es buena. No conozco a nadie que sepa clavar el aguijón con más pericia en las partes mollares. Es buena si cumple las condiciones que establece.
Pero, sobre todo, yo no soy yo. Para mi bochorno, me descubro tratando de jugar a su juego, de bailar al son que toca, temiendo ser pillado en falta, porque si algo la fastidia, te lo hace pagar. No negarás que no perdona ni una.
Una madre es suficiente. No quiero ir contra mí mismo. No quiero decir ni hacer cosas de las que voy a arrepentirme.
No quiero mirarme al espejo y comprobar que ése no soy yo, que ése que refleja el cristal es una máscara.
No estoy emitiendo ningún veredicto. Tal vez mis palabras deban entenderse como una defensa. Si te place, interprétalas así.
Sé lo que me conviene y lo que atenta a mi integridad.
A estas alturas no estoy para hacer concesiones ni tampoco para que las hagan conmigo. Si no congeniamos, no pasa nada.
Hace tiempo que llegué a la conclusión de que la piedra angular de las relaciones humanas es el respeto.
Eso fue precisamente lo que me dijo mi abuela cuando me casé. Y ella vivió tantas penalidades que sus opiniones tienen para mí el valor del oro puro.
Dijo: “Para que un matrimonio funcione, el marido tiene que respetar a la mujer, y la mujer al marido”.

Jean Paul

Me encontré con él en la ermita, adonde solía ir y sentarse en el banco de madera que hay a la entrada.

Me invitó a que ocupase un lugar a su lado. Jean Paul es un viejecito canoso, de aspecto bonachón. En el pueblo dicen de él que es poca cosa. No sé exactamente a qué se refieren, si a su endeble constitución física o a su esmerada educación.

Como es una de las escasas personas de mi entorno que escucha realmente, me puse a hablar del tema al que venía dándole vueltas en la cabeza: el problema de la hinchazón del yo, de ese afán de protagonismo que dificulta una relación fluida.

Todos estamos deseosos de contar películas en las que somos el actor principal y los demás son meros comparsas cuya única finalidad es favorecer el lucimiento de la “vedette”.

Ignoro los motivos que impulsaron a Jean Paul a establecerse en el pueblo, pero sé que fue oblató en un convento benedictino, donde pasó varios años antes de regresar al mundo.

No cuesta trabajo imaginárselo haciendo vida monástica, que es la que hace aquí en definitiva.

En su marcado acento francés me dijo: “Transfórmalo todo”. Me pareció que salía por peteneras. Yo no le estaba contando nada personal sino que más bien divagaba.

Tras mi elucubración, sin embargo, él había percibido una heridita sangrante.

Por lo general, las intelectualizaciones tienen su origen en conflictos concretos para los que la solución no es nunca esos montajes mentales, aunque ciertamente son un escape para los introvertidos.

“Transfórmalo todo” “¿Cómo?” “Tú sabes cómo”.

Luego me contó la historia de la ermita, una pequeña y hermosa construcción del siglo XIV, de formas sencillas y armoniosas, sin pretensiones arquitectónicas ni ornamentales. Como Jean Paul señaló, este santuario no engañaba a nadie.

Por eso, supongo, es por lo que a él le gusta pasear hasta este lugar tranquilo, en las afueras, y sentarse en el banco de madera.

El poeta

Él había querido ser poeta. Pero esta condición no se elige. No depende de uno serlo o no serlo. Tal vez de los dioses, del destino, de quién sabe qué fuerzas que se mueven libres por el mundo, que pasan raudas, sin musitar ni una triste sílaba en los oídos de la mayoría de los mortales.

Querer ser poeta es tan disparatado como querer tener el don de la profecía, la capacidad de ver el futuro y predecir los acontecimientos para ayudar a los hombres que, por lo general, rechazan esos angélicos intentos de apartarlos del abismo. Por lo general, prefieren caer y desnucarse.

No se trata de querer sino de ser elegido. Se puede estudiar y aprender técnicas, se puede ser un alumno aplicado, pero en este campo la diligencia no garantiza la realización de los sueños.

No es la inteligencia la que prevalece en los poetas sino su capacidad de oír y su disposición a servir.

No hay que entristecerse por ello. Las palabras que susurran los dioses enloquecen a menudo a los hombres o los hunden en la desesperación.

Esas palabras ligeras como hojas, cortantes como cuchillos, reveladoras y creadoras de misterios, son un regalo que sólo unos pocos reciben.

Él había soñado con ser un buceador del alma, un explorador de la belleza, un alquimista de la pedestre realidad, un intérprete de los arcanos, un mensajero de lo ignoto, un humilde portador y escanciador de palabras sagradas.

A veces le ocurría que se notaba ingrátido, como si fuera a ponerse a flotar de un momento a otro. Como si le hubiesen nacido alas que aún no sabía utilizar, pero que estaban ahí, en sus espaldas, para elevarlo a las alturas cuando llegase el momento.

A veces se sentía alado y ligero como los pájaros. A punto de emprender el vuelo. Tocado por la divinidad. Tembloroso.

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 Unported.

Esto es un resumen legible por humanos del Texto Legal (la licencia completa).

Advertencia

Usted es libre de:

Compartir - copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:

Atribución — Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciante (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o que apoyan el uso que hace de su obra).

No Comercial — No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

Sin Obras Derivadas — No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Entendiendo que:

Renuncia— Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor

Dominio Público— Cuando la obra o alguno de sus elementos se halle en el dominio público según la ley vigente aplicable, esta situación no quedará afectada por la licencia.

Otros derechos— Los derechos siguientes no quedan afectados por la licencia de ninguna manera:

- Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.
- Los derechos morales del autor.
- Derechos que pueden ostentar otras personas sobre la propia obra o su uso, como por ejemplo derechos de imagen o de privacidad.

Aviso— Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar muy claro los términos de la licencia de esta obra.

